

Una vecindad controvertida:**Santo Domingo frente a la revolución negra del Guarico (1791-1795)***

Antonio Jesús Pinto Tortosa

Grupo de Estudios Comparados del Caribe y Mundo Atlántico (GECCMA)

CSIC-UCM

Residencia de Estudiantes de Madrid

Introducción

Los estudios sobre la revolución de Saint-Domingue proliferan en la historiografía europea, americana y caribeña. Los historiadores de las antiguas Antillas españolas, francesas y británicas y de Latinoamérica, han centrado su atención en la revolución negra por su proximidad a Haití. Además, en esta época existían numerosas plantaciones en buena parte de estos territorios, cabiendo la posibilidad de que este episodio se reprodujese en dichas haciendas¹. La situación es similar en Estados Unidos, cuyos investigadores han estudiado la revolución y la independencia haitiana porque en este momento el país era una potencia esclavista, cuyos plantadores algodoneros temían el contagio de la rebelión de Saint-Domingue a sus negradas².

Por último, los estudiosos franceses y británicos han analizado los sucesos del Guarico desde una perspectiva colonial. Por una parte, los académicos británicos han resaltado las campañas del ejército de Su Majestad en Saint-Domingue durante la revolución, las consecuencias de este episodio en la economía británica y el nexo entre esta insurrección esclava y la corriente abolicionista³. Por otra parte, los investigadores galos han explorado la conexión entre la revolución francesa y el episodio del Guarico, que originó el hundimiento del imperio francés en el Caribe⁴.

Frente a ello, la historiografía española apenas ha prestado atención al impacto de la revolución de Saint-Domingue en el Caribe hispano e Hispanoamérica. Las investigaciones sobre sus repercusiones en Cuba constituyen la única excepción, destacando la obra colectiva *El rumor de Haití en Cuba: temor, raza y rebeldía, 1789-1844*, publicada en el bicentenario de la independencia de Haití⁵. También destacan los

* Este artículo se ha escrito en el marco del proyecto “Diccionario biográfico español de ministros de Ultramar” (HAR 2009-07103), dirigido por la doctora Inés Roldán de Montaud.

1 JAMES, 2003; MORALES CARRIÓN, I, 1985: 3-13; CORDERO MICHEL, 2000.

2 JORDAN, 1968.

3 GEGGUS, 1982; BLACKBURN, 1988.

4 DUBOIS, 2004.

5 GONZÁLEZ-RIPOLL, NARANJO OROVIO y FERRER, 2004.

trabajos de Ada Ferrer sobre el tema⁶. Se suele dejar de lado el impacto de la revolución haitiana en Puerto Rico y Santo Domingo, donde la población esclava y la producción azucarera jamás alcanzaron el volumen de la Gran Antilla. Pese a ello, ambas colonias sufrieron los primeros ecos de la revolución haitiana en el Caribe hispano: las revueltas de Aguadilla (1795) y Boca Nigua (1796), en Puerto Rico y Santo Domingo, respectivamente.

Mediante mi tesis doctoral, paliaré dicho vacío historiográfico en parte, puesto que en ella analizaré las repercusiones de los sucesos del Guarico en Santo Domingo, desde el estallido de la revolución esclava hasta la Guerra de Reconquista. En mi investigación, será fundamental el concepto “síndrome haitiano”, acuñado por Morales Carrión en un artículo de 1983 y reformulado después como “anti-Haitianism” o “rumor de Haití”⁷. Morales Carrión definió el “síndrome haitiano” como la obsesión ante “la posibilidad de que un día los esclavos se levantaran contra sus amos y contra la afrenta de un sistema degradante, y ejercieran la violencia para segar vidas y quemar haciendas”⁸. En Santo Domingo, aparte del miedo a la reproducción de la revolución esclava en el propio territorio, también existió un fuerte pánico a la invasión del territorio por los negros rebeldes del oeste, que se verificó en 1801, 1805 y 1822.

Mi tesis constará de dos partes, donde analizaré la reacción del gobierno colonial de Santo Domingo frente a la revolución esclava y las penurias de los españoles dominicanos tras la paz de Basilea, respectivamente. El presente artículo corresponde a la primera parte y consta de dos epígrafes: en el primero, estudiaré las causas de la insurrección negra de Saint-Domingue desde la óptica de las autoridades coloniales dominicanas, valorando la implicación del gobierno de Madrid. En el segundo, describiré los avatares de los negros auxiliares de Jean-François al servicio de la corona hispana, desde su reclutamiento y sus primeras campañas victoriosas hasta su marginación final, debida al fracaso de los planes españoles en la isla, tras la cesión de Santo Domingo a Francia por la paz de Basilea. Finalmente, expondré las conclusiones de mi investigación.

6 FERRER, 2005: 67-84.

7 MORALES CARRIÓN, VIII/30, 1983: 139-156; HOWARD, 2001; GONZÁLEZ-RIPOLL, NARANJO OROVIO y FERRER, 2004.

8 MORALES CARRIÓN, VIII/30, 1983: 139.

Bajo el volcán: España frente a la revolución de Saint-Domingue*

En noviembre de 1791, Carlos IV envió a las autoridades de la América española sus instrucciones para afrontar la revolución de Saint-Domingue. El documento es interesante, porque el monarca español interpretó este conflicto como un enfrentamiento entre distintos partidos blancos, que empleaban a los negros como fuerza de choque⁹. Es decir, a juicio del ejecutivo matritense, la revolución del Guarico era un simple eco caribeño de la revolución francesa.

Si se analiza la sociedad colonial de Saint-Domingue previa a la revolución esclava, se comprobará que esta interpretación era acertada hasta cierto punto. No obstante, deben hacerse varias aclaraciones. En primera instancia, se configuraron tres partidos blancos en el Guarico tras la toma de la Bastilla: en primer lugar, la burocracia colonial, realista y reaccionaria; en segundo lugar, los “patriotas” de la Asamblea de Saint Marc, revolucionarios y autonomistas; y en tercer lugar, los miembros de la Asamblea Provincial del norte, con sede en Le Cap, momentáneamente favorables al gobierno de la colonia como único vínculo con la metrópoli¹⁰.

Los tres bandos despreciaban a los libres de color o *affranchis*, pero los necesitaban para ganar fuerza frente a sus rivales. La burocracia colonial dio el primer paso, atrayéndose tanto a estos individuos como a los plantadores del norte, *grands blancs*, con quienes constituyó una alianza sólida. Esta “coalicción” obtuvo una primera victoria parcial frente a los patriotas, cuya Asamblea de Saint Marc quedó disuelta por decreto de Antoine Barnave de 12 de octubre de 1790. Así pues, los gobernantes de la colonia y los *grands blancs* intentaron deshacerse de los libres de color, cuya alianza les era ya innecesaria.

Este hecho, junto con las reticencias de la Asamblea Nacional a concederles derechos políticos como a los blancos, indignaron a los *affranchis*, que respaldaron la rebelión armada de Vincent Ogé y Chavannes en el otoño de 1790. Esta revuelta se abortó sin mayores consecuencias, ejecutándose a sus cabecillas. Meses después, en

* El título de este epígrafe remite a la advertencia del marqués de Mirabeau a los plantadores de Saint-Domingue, aconsejándoles que extendiesen el derecho de representación en la Asamblea colonial de Saint Marc a los libres de color para evitar una revuelta de este colectivo: “Habitants des Antilles, vous habitez sous le Vesuve”. Cit en TELLA, 1984: 14.

9 Archivo General de Simancas (AGS), Secretaría del Despacho de Guerra (SGU), legajo (l.) 6846, expediente (e.) 79, documento (d.) 376. Instrucciones de la corona a Luis de las Casas y demás gobernantes coloniales hispanos sobre la política frente a la revolución de Saint-Domingue. San Lorenzo, 23 de noviembre de 1791.

10 JAMES, 2003: 71; OTT, 1973: 33-34.

mayo de 1791, la Asamblea Nacional decretó la extensión de los derechos políticos sólo a los libres de color propietarios. Este decreto provocó el caos cuando se publicó en Saint-Domingue en julio, puesto que la élite blanca interpretó que los beneficiarios de los derechos políticos serían todos los *affranchis*, sin distinción.

La revuelta de Ogé y el malentendido sobre el decreto de mayo contribuyeron a transformar el panorama política de Saint-Domingue nuevamente. Tras mucho tiempo en desacuerdo, *grands blancs* y *petits blancs* por una parte, y “patriotas” y “realistas” por otra, unieron sus esfuerzos contra las pretensiones de los libres de color, a quienes apartaron de las elecciones. Dicha simbiosis se evidenció en la nueva Asamblea Colonial de Léoganne, trasladada después a Le Cap, cuyos diputados rechazaron las últimas medidas revolucionarias de París unánimemente, alegando que acabarían hundiendo a la colonia¹¹.

Según Tella, las principales facciones sociopolíticas previas a la revolución de Saint-Domingue se configuraron en este momento. El autor identificaba 6 bandos distintos, a saber: la burocracia realista, encabezada por el marqués de Blanchelande, capitán general de la colonia; los emigrados monárquicos, que contaron con el apoyo del gobierno de Santo Domingo; los comerciantes y los profesionales liberales, junto al gobierno revolucionario de París, mientras mantuviese una actitud moderada; los plantadores radicados en la colonia, autonomistas; los mulatos, para quienes el gobierno colonial era el único vínculo con París, de donde esperaban las reformas que les igualasen a los blancos; y por último los esclavos¹².

La reacción de las autoridades coloniales españolas a la revolución de Saint-Domingue fue inmediata. El informe de Joaquín García a Carlos IV en septiembre de 1791 fue el primer documento oficial español donde se aludía a este episodio. Dicho informe reviste gran interés, porque el capitán general plasmó su interpretación de la insurrección negra. Según García, la revolución estuvo protagonizada por “los negros, algunos mulatos libres, y blancos (según aseguran)”, cuyas acciones consistieron en “incendiar las habitaciones azucarerías; matando a todo hombre blanco, y proclamando la libertad”¹³. Todos ellos estuvieron liderados por los “blancos tiznados”, es decir, los criollos blancos del Guarico.

11 OTT, 1973: 28-42.

12 TELLA, 1984: 64-69.

13 AGS, SGU, l. 7149, e. 74, d. 439. Primer informe de Joaquín García sobre la revolución de Saint-Domingue. Santo Domingo, septiembre de 1791.

Es necesario analizar el testimonio de Joaquín García detenidamente, porque no responde a la realidad de Saint-Domingue previa a la revolución. En primer lugar, se debe matizar la responsabilidad de los criollos blancos. Éstos protagonizaron la ruptura revolucionaria en el Guarico en 1789, cuando todos los blancos formaron un frente común contra la burocracia colonial. Posteriormente, tras la ruptura entre *grands blancs* y *petits blancs* en la Asamblea de Saint Marc, la mayoría de los criollos blancos permaneció en esta última facción, identificada con la revolución. Sin embargo, tras la rebelión de Ogé y el decreto de mayo de 1791, abandonaron la causa revolucionaria, temerosos de que arruinase Saint-Domingue, y se aliaron a los *grands blancs* y el gobierno colonial. Es decir, los criollos blancos apoyaron a la revolución en 1789, pero no en 1791.

En segundo lugar, también es controvertida la identificación de los implicados en la revolución por Joaquín García, puesto que incluyó a todos los blancos, los negros y los *affranchis* entre los insurgentes, compartiendo objetivos y proclamas. La realidad de Saint-Domingue era bien distinta, porque por una parte, *grands blancs* y *petits blancs* se habían distanciado del ejecutivo revolucionario, identificándose con la burocracia colonial y la reacción. Por otra parte, los libres de color abandonaron el bando del gobierno colonial cuando éste experimentó una clara deriva conservadora desde el verano de 1791 en adelante. Así pues, blancos y libres de color eran rivales a ultranza en vísperas de la insurrección negra.

Finalmente, los esclavos eran leales a Luis XVI, a quien consideraban su benefactor frente a los abusos de los plantadores y las autoridades coloniales¹⁴. No obstante, sus objetivos en la revolución variaban según su extracción socio-cultural. Por ejemplo, los líderes de la revolución, que habían gozado una existencia previa relativamente apacible, deseaban disfrutar la libertad en exclusividad y pretendían contentar al resto de esclavos sólo con la promesa de la mejora de sus condiciones de vida¹⁵. Además, como se verá, la simbiosis entre los blancos y los esclavos era posible en unas circunstancias muy concretas, pero jamás ocurriría entre los esclavos y los *affranchis*, puesto que estos últimos deseaban distanciarse de aquéllos, pese a que el color de su piel delataba su pasado esclavo.

Semanas después del estallido de la revolución de Saint-Domingue, el marqués

14 OGLE, 2009: 89-91.

15 BLACKBURN, 1988: 193-194; CRATON, 1997: 244.

de Blanchelande, capitán general de esta colonia, y el marqués de Rouvray se personaron en Santo Domingo para pedir a Joaquín García armas, tropas y víveres para auxiliar a los blancos del Guarico. El gobernador García les negó su auxilio, alegando que jamás podría intervenir en la revolución esclava sin conocer el dictamen de la corona. Asimismo, se justificó afirmando que sólo disponía de las tropas coloniales y el Regimiento de Cantabria, insuficientes incluso para defender su propio territorio frente a la amenaza negra del oeste. Por tanto, si destinaba parte de estas tropas exiguas a Saint-Domingue, desguarnecería su propia colonia, que sería una presa fácil de los esclavos rebeldes cuando la atacasen.

Tanto el marqués de Blanchelande como el marqués de Rouvray, aprovecharon el miedo a la invasión de Santo Domingo por los rebeldes del Guarico para presionar a Joaquín García y obligarle a prestarles la ayuda solicitada. Ambos insistieron en que las tropas coloniales francesas y españolas serían incapaces de vencer a los rebeldes por separado, ya que el desequilibrio de fuerzas favorecía a estos últimos. Por contra, unidas tendrían más posibilidades de éxito. Así pues, si Joaquín García seguía negándose a auxiliar al gobierno colonial de Saint-Domingue y los negros rebeldes se hacían con el control de la colonia gala, tendrían el camino expedito para conquistar Santo Domingo sin apenas hallar resistencia. Pese a estas advertencias, el capitán general García se mantuvo fiel a la neutralidad impuesta desde la metrópoli.

Ahora bien, las llamadas de atención de Blanchelande y Rouvray surtieron efecto parcialmente, porque convencieron a Joaquín García de la necesidad de reforzar la seguridad de su propia colonia. Por eso, envió tropas y pertrechos a la frontera occidental, en previsión de un posible ataque de los esclavos insurrectos¹⁶. De esta forma, el gobernador actuaba de acuerdo con la política metropolitana frente a la revolución francesa. Recuérdese que en septiembre de 1791, el conde de Floridablanca había manifestado a la corona la necesidad de establecer un “cordón sanitario” para impedir el contagio revolucionario desde Francia.

Dicho “cordón” consistiría en el reforzamiento de la frontera pirenaica y la prohibición de entrada de mercancías, escritos o personas desde cualquier territorio francés. En ningún momento se debía dar la impresión de que estas iniciativas eran anti-francesas. Ésta fue la actitud de Joaquín García en Santo Domingo. La diferencia estribó en que, ante el retraso de las instrucciones de la metrópoli y la urgencia de la situación

16 AGS, SGU, l. 7149, e. 74, d. 439. Primer informe...

de su colonia, el capitán general debió actuar por iniciativa propia, confiando en que el rey aprobaría sus medidas *a posteriori*. La política preventiva y de estricta neutralidad oficial frente a la revolución se debía combinar con el apoyo velado a la contrarrevolución, para minar el nuevo orden francés desde dentro¹⁷.

Como se vio al comienzo de este epígrafe, las primeras órdenes de Carlos IV sobre la política colonial frente a la revolución del Guarico datan de noviembre de 1791, aunque se recibieron en el Caribe hispano a principios de 1791¹⁸. El rey remitió sus instrucciones a Luis de las Casas, capitán general de Cuba, quien a su vez debía transmitir las al resto de representantes de la corona en Hispanoamérica y el Caribe. Las órdenes regias contenían tres puntos cruciales. Primeramente, el monarca resumía sus instrucciones en una máxima: “[...] deben Vuestra excelencia y los demás Gefes referidos tener por regla e Ynstrucción no mezclarse para sostener un Partido más que otro de los que hubiese entre los Blancos y sus respectivos gobiernos, observando en este punto una perfecta neutralidad”¹⁹.

La neutralidad oficial obsesionaba al ejecutivo matritense, partidario de combinar esta actitud con el apoyo velado a la reacción para minar la revolución desde dentro. Este dato es importante, porque los emigrados realistas de Francia, representantes de la contrarrevolución, se habían cobijado en el Santo Domingo español para organizar un complot reaccionario en Saint-Domingue. Su objetivo sería desestabilizar la colonia, principal fuente de ingresos de la burguesía comercial metropolitana. Este grupo, enriquecido con el comercio azucarero y la trata negrera, era el principal sustento económico de la revolución. Por consiguiente, los realistas emigrados confiaban en que, ante el riesgo de hundimiento de Saint-Domingue, la burguesía del comercio recapacitase y frenase la revolución en la metrópoli.

Para ello, los emigrados pudieron recurrir a la fuerza de choque de los esclavos negros, monárquicos en su mayoría, cuya sublevación a finales de agosto de 1791 habrían favorecido, quizá con el apoyo secreto del gobierno colonial de Santo Domingo. Ahora bien, por una parte, los esclavos eran un arma poderosa en manos de la reacción, pero por otra parte, podían escapar de su control fácilmente y sembrar el caos. Carlos IV había previsto esta eventualidad. Por eso, su segunda instrucción a las autoridades coloniales consistía en la prohibición de intervenir en Saint-Domingue a menos que los

17 Cit. en ANES, 1981: 185.

18 AGS, SGU, l. 6846, e. 79, d. 376. Instrucciones de la corona...

19 AGS, SGU, l. 6846, e. 79, d. 376. Instrucciones de la corona...

negros se descontrolasen e intentasen asesinar a los blancos. No obstante, en este caso la intervención de los gobernadores de la América y el Caribe hispanos se limitaría a ofrecer víveres, armas y municiones a los blancos del Guarico. Asimismo, desplegarían sus fuerzas armadas para impedir el contagio de la revolución a sus territorios²⁰.

Por último, el rey ordenaba a Joaquín García que estableciese un “cordón sanitario” en la frontera dominicana, prohibiendo tanto el comercio como la inmigración desde cualquier dominio francés. Sin embargo, como se vio antes, el capitán general García ya había adoptado estas disposiciones por iniciativa propia ante la grave amenaza que se cernía sobre Santo Domingo desde Saint-Domingue, ya que las instrucciones de la corona se retrasaban. Así pues, esta última orden de Carlos IV significaban la sanción de las medidas de Joaquín García *a posteriori*.

Llegado este punto, se debe reflexionar sobre los móviles de los esclavos para sublevarse. El principal motivo de cualquier sublevación negra debe buscarse en las condiciones de vida miserables de los esclavos en las plantaciones, sometidos a una jornada de trabajo extenuante y a maltratos físicos normalizados para anular su personalidad. Pese a que estas condiciones sumían al esclavo en una “semi-estupidez”, cuando la situación se tornaba crítica dicho estado mental daba paso al espíritu de rebeldía o “self-liberation ethos”, para reivindicar una mejora de su condición e incluso la libertad²¹. A veces el contexto exterior favoreció las revueltas esclavas, que por consiguiente fueron el resultado de la combinación tanto de factores internos como externos. Sin embargo, el espíritu de rebeldía era una condición indispensable para las insurrecciones negras, independientemente de las circunstancias externas.

En la revolución de Saint-Domingue, se tiende a identificar dos condicionantes externos: la independencia de los Estados Unidos y la revolución francesa. Sin embargo, existió un tercer actor externo que pudo jugar un papel fundamental: la corona hispana. El War Office británico recopiló las declaraciones de los fugitivos blancos del Guarico en una colección documental titulada “Nottes extraites des déclarations et rapports de plusieurs français arrivant de Saint-Domingue”²². Todos los testimonios datan de 1793 y 1794 y coinciden en acusar a España de provocar la revolución esclava de Saint-Domingue. El primer documento es anónimo y carece de fecha, pero interesa porque su autor, probablemente un plantador francés, resume la opinión de su grupo

20 AGS, SGU, l. 6846, e. 79, d. 376. Instrucciones de la corona...

21 JAMES, 2003: 29-30; MCD. BECKLES, 2000: 869.

22 The National Archives (TNA), War Office (WO) 1/58, pp. 349 y ss.

social sobre las causas de la revolución negra: “L’opinion générale dans la colonie est que la première insurrection des nègres qui éclatait dans la partie du Nord a été provoquée par les Espagnols”²³.

El autor de este informe anónimo aportaba cuatro pruebas fundamentales para demostrar su teoría. Primeramente, alegaba que los españoles de Santo Domingo habían arrestado al comisionado francés La Ville, enviado para recavar su apoyo contra los esclavos rebeldes. En segundo lugar, acusaba a las autoridades coloniales dominicanas de ofrecer su protección a los realistas emigrados del Guarico para huir de la ira de los insurrectos. Aparentemente, el gobierno colonial dominicano había advertido que los franceses partidarios de la revolución jamás gozarían de este beneficio.

En tercer lugar, sostenía que existía una colaboración estrecha entre el gobierno de Santo Domingo y algunos esclavos rebeldes. De hecho, los caudillos negros Jean-François y Biassou, jefes de los insurgentes de la Provincia del Norte, habían reconocido sus negociaciones con los españoles dominicanos. Ambos habrían garantizado la seguridad de los realistas de Saint-Domingue emigrados a Santo Domingo, a quienes la corona hispana había prometido cobijar cuando cruzasen la frontera. Por ello, Jean-François había ejecutado al también caudillo negro Jeannot a finales de 1791, puesto que este individuo masacraba a realistas y republicanos blancos indiscriminadamente, incumpliendo el supuesto compromiso con el gobierno colonial dominicano.

Por último, acusaba a España de vender armas, municiones y víveres a los rebeldes ilegalmente, a través de la frontera dominicana. Curiosamente, el embajador francés en Madrid, Jean-François Bourgoing, esgrimió este mismo motivo entre otros para justificar la declaración de guerra de la Convención a España el 7 de marzo de 1793²⁴. Así pues, el ejecutivo de Madrid pudo colaborar en el complot reaccionario descrito previamente, urdido por los emigrados realistas franceses refugiados en Santo Domingo, que buscaron la fuerza humana de los esclavos de Saint-Domingue. El gobierno colonial dominicano era consciente de la volubilidad de los esclavos rebeldes, que podrían escapar del control de los blancos realistas fácilmente, sumiendo al Guarico en el caos. De esta forma, España podría intervenir en el Guarico para restaurar el orden aparentemente, pero aprovecharía para restablecer su soberanía sobre el oeste de la isla,

23 TNA, WO 1/58, pp. 349-353. “Nottes extraites...”, testimonio anónimo sobre el papel español en la revolución de Saint-Domingue. [1793].

24 LA PARRA y LARRIBA, 2008: 174-175.

arrebatado ilegítimamente en la paz de Ryswick (1697).

Años después, en una carta a Luis de las Casas, Joaquín García admitió que sus proyectos se encaminaban hacia la toma del Guarico²⁵. El riesgo que corrían las autoridades españolas era muy elevado, porque los esclavos también podían escapar de su control y conquistar Santo Domingo, controlando toda la isla. Sin embargo, si su plan triunfaba, frenarían el avance de la revolución francesa en el Caribe y recobrarían el oeste de La Española. Es decir, en caso de victoria, los beneficios serían tan sustanciosos para España que merecía la pena arriesgarse²⁶.

Como se ve, la teoría de la implicación española en la revolución esclava de Saint-Domingue encaja con los intereses ideológicos y estratégicos del gobierno de Madrid en este momento. Ahora bien, los testimonios vistos deben analizarse con precaución. Por una parte, la mayoría de los emigrados franceses que culpaban a la corona hispana de la insurrección negra vivían en Londres o alguna colonia británica. Así, sus declaraciones podían constituir un acto de propaganda para desprestigiar a España y mostrar a Gran Bretaña como la defensora idónea de los realistas franceses. Piénsese que el gabinete de Saint James y el gobierno de Madrid tenían intereses estratégicos enfrentados en Saint-Domingue. Por otra parte, como señaló Manuel de Godoy, las acusaciones francesas contra España podían reflejar el intento de la élite blanca gala de eludir su propia responsabilidad en la crisis del Guarico culpando a un agente externo. En tal caso, España era el chivo expiatorio perfecto²⁷. En el siguiente epígrafe se aclarará esta cuestión.

Estrategia y prejuicios raciales: las tropas auxiliares de Jean-François

En la segunda mitad del siglo XVIII, coincidiendo con el desarrollo del comercio atlántico y la trata, la mayoría de esclavos de Saint-Domingue procedía de la costa occidental africana y del reino del Congo. Estos individuos predominaban en las zonas montañosas de la Provincia del Norte, donde se celebró la mítica ceremonia vudú de Bois Caïman, cerca de Le Cap, el 14 o el 21 de agosto de 1791²⁸. Dicha ceremonia se ofició bajo la dirección del *papaloi* Boukman Dutty y la sacerdotisa Cécile Fatiman, “el

25 Archivo General de Indias (AGI), Estado (E), l. 5A, e. 22, d. 1. Informe de Joaquín García a Luis de las Casas, reconociendo sus verdaderas intenciones en Saint-Domingue. Bayajá, 3 de abril de 1794.

26 RAYMOND, 1793: 9.

27 LA PARRA y LARRIBA, 2008: 175, n. 29.

28 DUBOIS, 2004: 99-101.

rey” y “la reina”, respectivamente. Los asistentes habrían jurado matar a los blancos y destruir sus posesiones para conquistar la libertad. En este momento, Boukman aprovechó su liderazgo carismático para erigirse en el primer caudillo de los esclavos rebeldes del Guarico.

La información sobre Boukman varía según las fuentes, puesto que se trata de un personaje prácticamente desconocido, en cuya biografía predomina el mito sobre la realidad. Algunos estudiosos sostienen que había trabajado en una plantación de Jamaica, de donde huyó para arribar a la costa de Saint-Domingue como cimarrón²⁹. Otros explican su llegada al Guarico porque su amo británico lo habría vendido a un plantador francés para deshacerse de él, ya que había intentado enseñar a leer a otros esclavos de su hacienda, suscitando el recelo de sus dueños³⁰. Este dato enlaza con un aspecto de Boukman resaltado recientemente por Susan Buck-Morss, para quien el nombre de este esclavo remite al inglés “book man”. Esto significaría que dicho personaje era un esclavo alfabetizado capaz de leer “el libro”, es decir, el Corán.

De ser cierto esto, Boukman pertenecería a un porcentaje reducido de esclavos musulmanes (entre el 4% y el 14%) que cruzaron el Atlántico para trabajar en las plantaciones caribeñas³¹. Estos esclavos musulmanes, alfabetizados, habrían figurado entre los líderes de la revolución negra. Además, hay quien sostiene que Boukman había sido vigilante y después cochero en su plantación, lejos de la faena extenuante en los cañaverales. Por su posición en las haciendas, estos esclavos “de élite” tenían el carisma necesario para liderar una insurrección. Además estaban autorizados a emplear espadas y machetes, que podían usar contra sus dueños³².

Boukman evidenció su odio visceral a los blancos en sus primeros enfrentamientos contra las tropas coloniales francesas. No obstante, sus excesos acabaron pronto porque murió en un choque contra el ejército colonial en noviembre de 1791. Los enemigos decapitaron su cadáver, quemaron su cuerpo y expusieron su cabeza en la plaza de armas de Le Cap, clavada en una estaca de madera. Así, la élite blanca francesa pretendía mostrar a los insurrectos el destino que les aguardaba, a menos que depusieran las armas y regresasen a las plantaciones inmediatamente³³. La

29 OTT, 1973: 47.

30 DIOUF, 1998: 153.

31 BUCK-MORSS, 2009: 141-142.

32 DUBOIS, 2004: 97-100.

33 LACROIX, 1819: 114; FICK, 1990: 113; DUBOIS, 2004: 124.

muerte de Boukman tuvo efectos negativos y positivos al mismo tiempo entre los insurgentes. Por una parte, les dotó de su primer mártir, pero por otra parte, les descabezó en un momento crucial, urgiendo la elección de un sustituto.

El honor recayó en Jean-François, que se intituló almirante, generalísimo y caballero de la orden de san Luis³⁴. Sus primeras medidas se centraron en dos aspectos: por una parte, obligó a sus tropas a cultivar la tierra para autoabastecerse, combatiendo así la carestía causada por el incendio de buena parte de las zonas de cultivo y de bosque por los rebeldes en las primeras jornadas revolucionarias³⁵. Por otra parte, impuso su autoridad y conservó la disciplina entre sus efectivos, represaliando con dureza a quien contestase su liderazgo. Éste fue el caso de Jeannot, ejecutado a finales de 1791³⁶.

En noviembre de 1791, el ejecutivo de París envió a Saint-Domingue a los comisionados Saint-Léger, Mirbeck y Roume para restablecer el orden. Su plan consistía en atraerse a los caudillos negros con falsas promesas para eliminarlos de la escena, ocupándose de los *affranchis* después. Inicialmente, Jean-François y Biassou se mostraron dispuestos a negociar con ellos y reducir sus pretensiones, conscientes de que la metrópoli podía enviar un ejército nutrido en cualquier momento y obligarles a rendirse sin condiciones. Por eso, sólo exigieron la libertad para sí mismos y para 50 oficiales negros de alto rango, prometiendo que el resto de sus seguidores regresarían a las plantaciones y acatarían la autoridad de sus antiguos amos.

Los caudillos negros también trasladaron estas exigencias a los diputados de Le Cap, que se negaron a negociar con ellos, alegando que jamás dialogarían con quienes se habían sublevado contra el orden establecido. Los comisionados intentaron mediar entre la Asamblea de Le Cap y los rebeldes, pero estos últimos descubrieron que los diputados pretendían atraerlos con ofertas atractivas para masacrarlos después. Desde este momento, los líderes de la insurrección rompieron las negociaciones unilateralmente y juraron destruir a todos los blancos si era necesario para conquistar su libertad³⁷. Inmediatamente, Jean-François reinició las hostilidades contra Francia y

34 LACROIX, 1819: 101; JAMES, 2003: 98-99.

35 *Historia de la Isla de Santo Domingo, continuada hasta los últimos acontecimientos durante la insurrección de los jefes negros, especialmente en el año 1800 (VIII de la República Francesa) y siguientes hasta el presente de 1806. Por D. V. A. E. P.*, Madrid, Imprenta de Villalpando, 1806: 167-168.

36 LACROIX, 1819: 112.

37 CÉSAIRE, 1967: 244-251; OTT, 1973: 56-58; JAMES, 2003: 110-111; VICTORIA OJEDA, 2005:

conquistó Juana Méndez con la ayuda de Biassou.

Los generales rebeldes respetaron el territorio español en todo momento, quizá porque planeaban refugiarse allí si su revolución fracasaba³⁸. Ante tales circunstancias, en marzo de 1792, Joaquín García escribió a Madrid para pedir instrucciones si los esclavos insurrectos solicitaban asilo en su colonia³⁹. Ahora bien, Jean-François y Biassou ya habían pedido ayuda material a Santo Domingo antes, a lo que el gobernador respondió que no podía prestársela sin conocer las órdenes de la corona. Según Victoria Ojeda, en las relaciones entre la corona hispana y los negros rebeldes la iniciativa correspondió a estos últimos, que solicitaron la ayuda de la corona hispana a través del gobierno colonial de Santo Domingo. Sin embargo, los plantadores franceses y el gobierno británico culparon a España de dar el primer paso⁴⁰.

Muy probablemente, la iniciativa correspondió a Madrid por los motivos expuestos en el epígrafe anterior. No obstante, el ejecutivo madrileño mantuvo sus intenciones en secreto inicialmente para respetar su neutralidad oficial frente a la revolución francesa. Esta actitud cambió tras la ejecución de Luis XVI a finales de enero de 1793 por la Convención. En adelante, España adoptó varias medidas para obligar a Francia a declararle la guerra. Así, el gobierno de Madrid se sentiría justificado para hacer lo propio con la Convención, apelando al derecho de legítima defensa porque Francia había sido el país agresor. La estrategia española surtió efecto, puesto que la declaración francesa de guerra ocurrió el 7 de marzo y la respuesta española llegó el día 23.

Uno de los motivos de Francia para iniciar las hostilidades contra España fue la venta de armas y provisiones a los rebeldes negros de Saint-Domingue, así como la entrega de numerosos refugiados franceses blancos, que murieron a manos de estos “salvajes”. En sus memorias, Godoy alegó que el gobierno francés debía asumir su propia responsabilidad en la revolución del Guarico, en lugar de culpar a ningún agente externo. Además, sostuvo que Joaquín García jamás había suministrado víveres ni armas a los rebeldes negros voluntariamente, sino bajo amenaza para evitar que estos individuos invadiesen Santo Domingo⁴¹. Sin embargo, la correspondencia entre Jean-

27-29.

38 VICTORIA OJEDA, 2005: 29.

39 Cit. en VICTORIA OJEDA, 2005: 29.

40 Cit. en VICTORIA OJEDA, 2005: 30-31.

41 LA PARRA y LARRIBA, 2008: 175, n. 29.

François y las autoridades coloniales dominicanas sugiere un panorama distinto, como se verá a continuación.

Las negociaciones entre la corona hispana y las tropas de Jean-François, que estuvieron precedidas de contactos esporádicos a finales de 1791 y durante 1792, se aceleraron a partir de abril de 1793. Ya era innecesario mantenerlas en secreto, porque España y Francia se habían declarado la guerra mutuamente, finiquitando la “neutralidad tensa” que había dominado sus relaciones bilaterales desde 1789. Fernando Portillo, arzobispo de Santo Domingo, encomendó las negociaciones a José Vázquez, vicario mulato de Dajabón, “sugeto de todo sigilo, y confianza y que tuvo en otro tiempo, la de Juan Francisco de la qual habían querido abusar los franceses”⁴².

Ambas partes mantuvieron una intensa correspondencia durante el mes de mayo, conservándose todas las cartas del caudillo negro a José Vázquez, el capitán general y el arzobispo. Esta documentación es interesante por tres motivos. En primer lugar, porque recogía la oferta del gobierno colonial dominicano a Jean-François a cambio de su alianza con España: la libertad y lotes de tierra sólo para los caudillos negros⁴³. Así, la corona hispana recuperaba el programa original de los líderes de la revolución esclava, deseosos de gozar la libertad en exclusividad y marginar a la masa negra de este beneficio, contentándola con la mejora de su condición.

En segundo lugar, porque en esta correspondencia se registra el comercio intenso entre los españoles dominicanos y los hombres de Jean-François desde tiempo atrás. Contra las afirmaciones de Godoy, el caudillo negro jamás amenazó a Joaquín García para obtener la ayuda militar solicitada, empleando un tono de súplica, más bien. Por tanto, se confirman las acusaciones sobre la venta de víveres, armas y municiones de España a los negros rebeldes⁴⁴. En tercer lugar, las misivas son interesantes porque permiten conocer los móviles de Jean-François para aceptar la oferta española. Concretamente, en una carta de 6 de mayo, el general negro hacía su juramento de fidelidad a Carlos IV, a quien consideraba defensor de la fe católica frente al paganismo revolucionario, vengador del difunto Luis XVI y valedor de los derechos dinásticos del duque de Enghien. Es decir, Jean-François y sus hombres sólo juraron fidelidad a la

42 AGS, SGU, l. 7157, e. 22, d. 343. Informe del arzobispo de Santo Domingo sobre su plan para entablar negociaciones con Jean-François. Menciona las instrucciones previas de la corona hispana el 22 de febrero de 1793. Santo Domingo, 24 de abril de 1793.

43 AGS, SGU, l. 7157, e. 22, d. 343. Informe del arzobispo de Santo Domingo...

44 AGS, SGU, l. 7157, e. 22, d. 350. Carta número 2, de Jean-François a José Vázquez. La Mine, 6 de mayo de 1793.

corona hispana como medio para restablecer a la dinastía Capeto en el trono francés⁴⁵.

Muchos oficiales y miembros del gobierno colonial dominicano desaprobaron la alianza entre la corona y los negros auxiliares de Jean-François y Biassou. Inicialmente, ambos caudillos disiparon estos recelos tras sus primeras victorias a favor de España, como la conquista del fuerte de Tannerie, que se perdió poco después por las fricciones entre Jean-François y Biassou⁴⁶. Sin embargo, dos acontecimientos exteriores reavivaron el miedo a los negros auxiliares: en primer lugar, el incendio de Le Cap a finales de junio de 1793 y, en segundo lugar, el decreto de 29 de agosto de libertad universal de los esclavos que abrazasen la causa republicana. Este último fue emitido por Léger-Félicité Sonthonax, comisario de la Convención en Saint-Domingue, y ratificado por la metrópoli el 4 de febrero de 1794. Sonthonax circuló esta noticia entre las tropas de Jean-François y Biassou para atraer a algunos caudillos negros, consiguiendo la desertión de Petit Thomas, entre otros.

En tales circunstancias, la élite blanca dominicana temió que Biassou y Jean-François se dejasen seducir por las ofertas galas. Apenado por esta falta de confianza, Jean-François reiteró a José Vázquez su fidelidad a la corona hispana y comisionó a sus subordinados Bernardino y Pedro a la ciudad de Santo Domingo, donde se entrevistarían con Carlos IV para confirmarle su lealtad a Carlos IV⁴⁷. Las ofertas francesas a estas tropas auxiliares se sucedieron en los meses siguientes, pero los caudillos permanecieron fieles a España. Estos ofrecimientos no sólo llegaron desde Francia, sino también desde Gran Bretaña, puesto que el ejército de Su Majestad necesitaba a los negros auxiliares para conseguir sus objetivos militares en Saint-Domingue. No obstante, el ejecutivo londinense apenas atrajo a algunos oficiales negros⁴⁸.

Pese a las dudas iniciales de la élite blanca dominicana, el prestigio de los negros auxiliares creció por su lealtad probada a España, así como por la conquista y la defensa de algunas plazas fundamentales en Saint-Domingue, como Port Margot o San Miguel.

45 AGS, SGU, I. 7157, e. 22, d. 354. Carta número 5, de Jean-François a José Vázquez. Contiene el juramento de fidelidad del caudillo negro a la corona hispana, en su nombre y el de sus compañeros de armas. La Mine, 6 de mayo de 1793.

46 AGS, SGU, I. 7157, e. 22, dd. 446, 454, 462 y 463. Cartas 18-21, de Jean-François a José Vázquez y el arzobispo de Santo Domingo, sobre los sucesos de la Tannerie. Bois Pain, 17 de septiembre de 1793; Dajabón, 23 y 24 de septiembre de 1793; Dondon, 17 de noviembre de 1793, respectivamente.

47 AGS, SGU, I. 7158, e. 30, d. 110. Exposición de Joaquín García al conde del Campo de Alange, desmintiendo las sospechas contra las tropas de Jean-François. Santo Domingo, 3 de julio de 1793.

48 Cit. en VICTORIA OJEDA, 2005: 48-49.

Ahora bien, su efectividad suscitó reacciones enfrentadas en las autoridades coloniales, preocupadas por su protagonismo excesivo, que evidenciaba la pasividad absoluta de las tropas blancas en las principales acciones de guerra⁴⁹. Por otra parte, José Vázquez y el arzobispo de Santo Domingo advirtieron la necesidad de recompensar a estos individuos, sin cuya ayuda los españoles habrían tenido que abandonar la isla ante el empuje de las tropas republicanas y de los esclavos rebeldes de Saint-Domingue. La corona atendió esta petición, concediendo 4 medallas de oro a los principales caudillos negros y 8 de plata a los segundos oficiales más sobresalientes⁵⁰.

Existe controversia sobre la naturaleza de estas condecoraciones. Victoria Ojeda sostiene que fueron meras medallas simbólicas, decoradas con la efigie del rey y carentes de valor oficial, cuyo objeto era contentar a los caudillos negros. Sin embargo, este mismo autor admite que el monarca concedió determinadas distinciones oficiales a estos jefes durante la guerra de Saint-Domingue, que posteriormente revocó para romper cualquier vínculo militar con ellos. De esta forma, la monarquía negaba su alianza formal con los negros auxiliares, que cometieron numerosos excesos en sus campañas en Saint-Domingue. Asimismo, si negaba la oficialidad de dichas condecoraciones, Carlos IV estaba justificado para rechazar la incorporación de los negros auxiliares al ejército regular español tras la paz de Basilea. Los informes oficiales contienen pocos datos sobre estas medallas y otros honores otorgados a los caudillos negros, por lo que es difícil aclarar esta cuestión⁵¹.

La suerte de las tropas negras auxiliares al servicio de España cambió a partir de 1794, tanto por sus abusos durante las campañas fronterizas como por los enfrentamientos entre sus caudillos, sobre todo entre Biassou y Toussaint. Dicha tensión se agravó paulatinamente y originó la desertión de Toussaint hacia las filas republicanas en abril de 1794. Tras cambiar de bando, Toussaint también cambió su apellido “Bréda” por “L'Ouverture” y se convirtió en comandante general de la línea francesa del oeste, reivindicando la libertad para todos los ex esclavos, sin distinción. Su desertión restó potencial a los negros auxiliares de Jean-François, inclinando la balanza de la guerra a favor de Francia, que desde ahora cosechó numerosas victorias contra el ejército

49 AGI, E, l. 11B, e. 98, d. 1. El arzobispo de Santo Domingo informa al duque de la Alcudía de la operación frustrada de conquista del Môle de Saint Nicholas. Santo Domingo, 25 de diciembre de 1793.

50 Cit. en VICTORIA OJEDA, 2005: 67.

51 VICTORIA OJEDA, 2005: 67, 162-163.

colonial de Carlos IV⁵².

Asimismo, los negros auxiliares habían protagonizado numerosos abusos durante sus campañas fronterizas al servicio de España. Dichos excesos eran inherentes al estado de guerra, pero suscitaron las protestas de los habitantes de las plazas rendidas a la corona hispana, que los achacaron no a la coyuntura bélica, sino al “salvajismo natural” de estos individuos. Ahora bien, los abusos alcanzaron su cénit en la matanza de Forte Delfín, a principios de julio de 1794. Esta plaza, en una bahía natural en la costa norte de Saint-Domingue, en el camino hacia Le Cap, se había rendido a la escuadra del almirante Gabriel de Aristizábal el 29 de enero. A cambio de su capitulación, los habitantes exigieron que se prohibiese la entrada a los hombres de Jean-François en el futuro. Inicialmente las autoridades hispanas cumplieron el compromiso, pero lo violaron en los primeros días de julio, originando la masacre indiscriminada de los vecinos blancos del lugar.

Varias circunstancias pudieron confluír en el desencadenamiento de esta matanza. Por una parte, Jean-François habría prometido a sus subordinados un botín sustancioso tras la rendición de Forte Delfín, si a cambio ellos permanecían fieles durante la querrela entre su general y Biassou⁵³. Por otra parte, se cree que el artífice de las condiciones de la capitulación de Forte Delfín fue Candy, subordinado de Jean-François que había desertado al ejército republicano y temía las represalias de su antiguo general por su traición⁵⁴. Asimismo, los testigos franceses sostuvieron que Jean-François había querido vengar tanto las injusticias de los blancos de Saint-Domingue contra la población de color, como a sus compañeros de armas apresados por los franceses⁵⁵.

El 5 de julio las tropas de Jean-François se personaron ante las murallas de Forte Delfín, donde acudían periódicamente desde enero para proveerse de víveres y armas, sin entrar en la ciudad para respetar los términos de la capitulación. Sin embargo, en esta ocasión las circunstancias cambiaron. Madame Pagéot, una mujer negra que marchaba junto a los negros auxiliares y que era conocida como *la Vierge*, ofició una ceremonia vudú y les hizo beber sangre mezclada con pólvora, incitándolos a masacrar

52 ARDOUIN, vol. II, 1853: 415.

53 ARDOUIN, vol. III, 1853: 3-21.

54 ARDOUIN, vol. II, 1853: 410.

55 TNA, WO 1/59, p. 276. Testimonio de la masacre de Forte Delfín. [Julio-agosto de 1793].

a los blancos⁵⁶. A las nueve de la mañana del día 7, los negros auxiliares entraron en Fuerte Delfín y Jean-François se entrevistó con Gaspar de Casasola, gobernador de la plaza, recomendándole que expulsase a los vecinos franceses, quienes planeaban entregar esta villa a la República.

Para desesperación del general negro, Casasola se negó a tomar la iniciativa sin la autorización previa del capitán general. Acto seguido, Jean-François abandonó las dependencias del gobernador furioso e incitó a sus tropas a tomarse la justicia por su mano contra los franceses de Fuerte Delfín, al grito de “vive le Roy d'Espagne, tuez tous les français” o “tuez tous les blancs français! Épagnez les espagnols!”⁵⁷. No obstante, pese a las instrucciones del general, en medio del desorden generalizado nadie pudo evitar que algunos españoles también muriesen a manos de los negros auxiliares. En total, se contabilizaron 743 víctimas de todas las edades y sexos. Según los testigos, los cadáveres se amontonaron hasta obstaculizar el tránsito por las calles⁵⁸.

Inmediatamente, se sucedieron las condenas internacionales contra España tras los sucesos de Fuerte Delfín, por parte de los ejecutivos de París y Londres, fundamentalmente. El gobierno británico acusó al ejecutivo español de traicionar a los vecinos de esta plaza, que eran súbditos de Carlos IV desde la rendición de la plaza. Por este motivo, la traición de España era grave doblemente, ya que sus víctimas habían sido los propios súbditos de la corona. Asimismo, el gabinete de Saint James condenó la pasividad de la guarnición española de Fuerte Delfín, que contempló la masacre impasible⁵⁹. Por su parte, los franceses advirtieron a España que acabaría padeciendo las consecuencias de confiar en estos “salvajes”⁶⁰.

El arzobispo de Santo Domingo reconoció su responsabilidad indirecta en la masacre, puesto que había sido el principal impulsor de la alianza entre la corona hispana y los negros de Jean-François en 1793. Sin embargo, alegaba que se había limitado a obedecer órdenes regias y que estas tropas auxiliares habían sido muy útiles a

56 TNA, WO 1/65, p. 809. Informe francés tras la reconquista de Fuerte Delfín por las tropas de la Convención el 7 de junio de 1796. Fuerte Delfín, [14 de junio de 1796].

57 TNA, WO 1/59, pp. 241-247. Declaración de Juvenal, testigo presencial de la masacre de Fuerte Delfín. [Julio-agosto de 1794].

58 AGS, SGU, l. 7159, e. 1, d. 4. Informe de Nicolás de Toledo a José de Urizar, regente de la Audiencia, sobre la matanza de Fuerte Delfín. Hato de la Gorra, Santo Domingo, 9 de julio de 1794.

59 AGS, SGU, l. 7159, e. 69, d. 363. Lectura del informe de Carlos Martínez de Irujo sobre la condena internacional a España tras la matanza de Fuerte Delfín. Consejo de Estado, 24 de octubre de 1794.

60 TNA, WO 1/59, p. 257. Testimonio de la masacre...

España hasta este momento⁶¹. Estas declaraciones evidenciaban que ni las autoridades dominicanas ni la metrópoli consideraron jamás a los negros auxiliares como sus iguales. Antes bien, sólo se aliaron con ellos para servirse de su fuerza en la guerra contra la Convención en La Española. Mientras tanto, los prejuicios raciales persistieron en la mentalidad hispana. Inicialmente quedaron relegados por los intereses estratégicos, pero resurgieron en momentos críticos como el episodio de Fuerte Delfín.

Esta realidad fue más evidente aún tras la publicación de la paz de Basilea en Santo Domingo, en octubre de 1795. Dicho tratado finiquitaba las hostilidades entre España y Francia, ordenando la cesión de Santo Domingo a la República francesa como una de las condiciones para la paz⁶². Puesto que había desaparecido la coyuntura bélica que había justificado la alianza entre España y los negros auxiliares, estos últimos se convirtieron en un obstáculo incómodo por dos motivos: por una parte, porque su condición racial imposibilitaba su integración en el ejército regular español. Por otra parte, porque constituían un mal ejemplo para los esclavos del Caribe hispano, que podían imitarlos y sublevarse contra sus amos para conquistar la libertad por la fuerza.

Por ello, la metrópoli y las autoridades del Caribe hispano decidieron dispersar al grueso de los negros auxiliares por distintas posesiones de la América española. Biassou marchó a la Florida con su familia y parte de sus hombres, mientras Jean-François fue confinado al puerto de Cádiz⁶³. Las autoridades de esta ciudad lo vigilaron de cerca, alegando que representaba una amenaza potencial contra el orden público, como se había demostrado en los sucesos de Fuerte Delfín. Todos los negros auxiliares de Jean-François fueron desposeídos de su rango militar y su soldada, viviendo en condiciones miserables hasta el final de sus días⁶⁴.

Conclusiones

Tres son las principales conclusiones de la presente investigación. En primer lugar, la revolución de Saint-Domingue debe interpretarse como un episodio más del enfrentamiento territorial entre España y Francia en la isla de Santo Domingo. Desde la

61 AGS, SGU, l. 7161, e. 18, d. 164. Copia del informe del arzobispo de Santo Domingo tras la masacre de Fuerte Delfín. Bánica, 20 de agosto de 1794.

62 MOYA PONS, 2003: 134.

63 AGI, E, l. 5A, e. 24, d. 1. Informe de Luis de las Casas sobre la llegada de Biassou. La Habana, 8 de enero de 1796; AGI, E, l. 3, e. 10, d. 3. Instrucciones al conde de Cumbre Hermosa, gobernador de Cádiz, sobre los hombres de Jean-François. Manzanares, 20 de marzo de 1796.

64 VICTORIA OJEDA, 2005: 157, 162-163.

aparición de los primeros asentamientos franceses a mediados del siglo XVI, unos y otros habían pugnado por hacerse con el control absoluto de La Española, cuya soberanía quedó dividida entre los gobiernos de Madrid y París por la paz de Ryswick en 1697. Sin embargo, las tensiones territoriales pervivieron durante la centuria siguiente, agravándose tras la revolución francesa, que añadió un matiz ideológico a la rivalidad hispano-francesa en el escenario caribeño. A partir de ahora, la pugna entre España y Francia no sólo consistió en el choque entre los “poseedores tradicionales” de la isla y los “recién llegados”, sino también en el enfrentamiento entre el Antiguo Régimen y la revolución, respectivamente.

En este sentido, es improbable que la corona hispana provocase la revolución esclava de Saint-Domingue para frenar el avance de la revolución en el Caribe, ya que la maniobra era demasiado arriesgada. Por contra, sí es factible que aprovechara las tensiones intestinas de la sociedad metropolitana y colonial francesa, apoyando a los realistas galos emigrados y cobijados en el Santo Domingo español. Estos individuos habrían tramado un complot reaccionario en Saint-Domingue con el apoyo de los esclavos, a cuya “lealtad monárquica” apelaron, para provocar el caos en la colonia. De esta forma, la burguesía comercial gala, principal sustento económico de la revolución, cuya riqueza procedía del comercio azucarero y la trata negrera, se convencería de la necesidad de frenar la revolución francesa para evitar el hundimiento de la joya del imperio colonial francés en el Caribe.

Por su parte, el ejecutivo de Madrid, a través del gobierno colonial dominicano, respaldó la conspiración realista en Saint-Domingue por dos motivos: por una parte, porque constituía un medio de lucha velada contra la revolución, como había recomendado el conde de Floridablanca en 1791. Por otra parte, porque Carlos IV y Joaquín García eran conscientes de la volubilidad de los esclavos, que podrían escapar del control de los realistas franceses fácilmente. De esta forma, Saint-Domingue se sumiría en el caos absoluto y España estaría legitimada para intervenir en la colonia, restableciendo el orden y restaurando su soberanía en el oeste de la isla, usurpada ilegítimamente en la paz de Ryswick. El riesgo era elevado, porque los rebeldes negros también podían escapar de su control como se comprobó después, pero la perspectiva de recuperar el oeste de La Española hacía que mereciese la pena arriesgarse.

En segundo lugar, es interesante la instrumentalización constante de los esclavos por los diferentes bandos en liza durante la guerra posterior a la sublevación negra de

1791. Los realistas emigrados dieron el primer paso, empleándolos como fuerza de choque en su maniobra para derrocar a la revolución y restablecer el antiguo orden en el Guarico. Por su parte, España explotó los intereses de los caudillos negros Jean-François, Biassou, Hyacinthe y Toussaint Bréda para atraerlos a su causa. Por último, Sonthonax también sedujo a los insurgentes mediante la oferta de libertad universal, ratificada por la Convención *a posteriori*. Las tres facciones cometieron el mismo error, ya que jamás prestaron atención a los esclavos, que tenían sus propios móviles y la fuerza humana necesaria para hacerse oír.

Así se explica que los realistas emigrados quedasen fuera de juego pronto, ya que se vieron desbordados por unos esclavos rebeldes que elevaron sus exigencias más allá de la simple defensa de la monarquía absoluta y la mejora de su condición. España se aprovechó de ello, canalizando la fuerza de los negros auxiliares de Jean-François y Biassou en beneficio propio, hasta el extremo de que las principales victorias españolas en Saint-Domingue en adelante se debieron a ellos. No obstante, nuevamente descuidó los intereses de los caudillos negros y Toussaint, deseoso de ascender y consciente de la imposibilidad de hacerlo bajo la sombra de Jean-François y Biassou, desertó a las filas francesas y defendió la libertad general de todos los ex esclavos, frente a sus antiguos superiores que habían querido gozarla en exclusividad.

La deserción de Toussaint inclinó la balanza del lado republicano, pero los oficiales franceses subestimaron al general negro, cuyo ascenso fue astronómico e incontestable. Paulatinamente, el general eliminó los diferentes obstáculos que le impedían gozar de una autoridad suprema en Saint-Domingue: en primer lugar, obligó a los ingleses a capitular; después, acabó con el jefe mulato Rigaud, líder de los insurgentes del sur del Guarico; por último, atacó el Santo Domingo español para controlar toda la isla, desobedeciendo a Napoleón. Estas hazañas sentaron las bases de la independencia de Haití el 1 de enero de 1804, que él no contempló porque murió antes en la prisión europea de Fort de Joux, donde el cónsul Bonaparte le confinó para castigar su desacato a la metrópoli.

Finalmente, es interesante el devenir distinto de los esclavos rebeldes a ambos lados de la frontera dominicana, condicionado por las circunstancias diferentes de la metrópoli a la que unos y otros sirvieron. La masa esclava de Saint-Domingue había partido de una posición subordinada respecto a los cabecillas de la revolución, que habían pretendido disfrutar de la libertad en exclusividad, contentándola con la mejora

de su condición. Sin embargo, la dinámica de la revolución negra obligó a los caudillos a cambiar de parecer, reivindicando la libertad para todos sus compañeros de lucha, sin excepción, puesto que podían perder su apoyo si les marginaban del disfrute de este derecho.

La corona hispana retomó el programa originario de los caudillos negros cuando intentó atraerlos a su causa en la primavera de 1793, ofreciendo la libertad y lotes de tierra sólo a los generales. Inicialmente, Toussaint Bréda, Biassou y Jean-François aceptaron esta oferta. Este último, jefe supremo de los rebeldes tras la desaparición de Boukman, conservó su rango y recibió numerosos reconocimientos de la corona hispana, que de esta forma pretendía contentarlo para conservarlo a su servicio. Cuando la paz de Basilea finiquitó la guerra entre Francia y España, Carlos IV incumplió su palabra y desposeyó a los generales negros de su antiguo rango y su soldada, evidenciando que los prejuicios raciales siempre habían persistido en la mentalidad española. Si hasta ahora habían permanecido en un segundo plano, fue porque los intereses estratégicos habían primado sobre ellos.

Así pues, Jean-François, que había entrado al servicio de España como jefe supremo de los negros rebeldes, acabó degradado y sometido al ostracismo del gobierno de Madrid. Frente a él, Toussaint de L'Ouverture, que inicialmente había sido subordinado de Biassou, desertó del ejército español en el momento idóneo y ascendió rápidamente en Saint-Domingue, al servicio de la República. Ambos caudillos ejecutaron sus alianzas guiados por sus intereses y el oportunismo, que dieron sus frutos a Toussaint a corto y medio plazo, pero condenaron a Biassou y sobre todo a Jean-François a la miseria.

BIBLIOGRAFÍA

ANES, Gonzalo, *Economía e "Ilustración" en la España del siglo XVIII*, Barcelona, Ariel, 1981.

ARDOUIN, Beaubrun, *Études sur l'histoire d'Haïti*, 11 vols., Paris, Dezobry et E. Magdeleine, Lib. Éditeurs, 1853.

BLACKBURN, Robin, *The Overthrow of Colonial Slavery*, London-New York, Verso, 1988.

BUCK-MORSS, Susan, *Hegel, Haiti and Universal History*, Pittsburgh, University of

Pittsburgh Press, 2009.

CÉSAIRE, Aimé, *Toussaint Louverture: la Revolución Francesa y el problema colonial*, La Habana, Instituto del Libro, 1967.

CORDERO MICHEL, Emilio, *La revolución haitiana y Santo Domingo*, Santo Domingo, ed. Búho, 2000.

CRATON, Michael, "Forms of Resistance to Slavery", en Knight, Franklin W. (ed.), *The Slave Societies of the Caribbean*, vol. III, "General History of the Caribbean", London and Basingstoke, Unesco Publishing/Macmillan Education Ltd., 1997, pp. 222-270.

DIOUF, Sylviane A., *Servants of Allah. African Muslims Enslaved in the Americas*, New York and London, New York University Press, 1998.

DUBOIS, Laurent, *Avengers of the New World: the story of the Haitian Revolution*, Cambridge (Massachusetts), The Belknap Press of Harvard University Press, 2004.

FERRER, Ada, "Temor, poder y esclavitud en Cuba en la época de la revolución haitiana", en PIQUERAS, José A. (ed.), *Las Antillas en la era de las Luces y la Revolución*, Madrid, ed. Siglo XXI, 2005, pp. 67-84.

GEGGUS, David Patrick, *Slavery, war and revolution: the British occupation of Saint Domingue 1793-1799*, Oxford, Clarendon Press, 1982.

GONZÁLEZ-RIPOLL, María Dolores, NARANJO OROVIO, Consuelo, FERRER, Ada (et. al.), *El rumor de Haití en Cuba: temor, raza y rebeldía, 1789-1844*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2004.

Historia de la Isla de Santo Domingo, continuada hasta los últimos acontecimientos durante la insurrección de los xefes negros, especialmente en el año 1800 (VIII de la República Francesa) y siguientes hasta el presente de 1806. Por D. V. A. E. P., Madrid, Imprenta de Villalpando, 1806.

HOWARD, David, *Coloring the Nation. Race and Ethnicity in the Dominican Republic*, Oxford, Signal Books, 2001.

JAMES, C. L. R., *Los jacobinos negros. Toussaint L'Ouverture y la Revolución de Haití*, Turner, Fondo de Cultura Económica, 2003.

JORDAN, Winthrop D., *White Over Black: american attitudes towards the negro, 1550-1812*, Virginia, University of North Carolina Press, 1968.

LA PARRA, Emilio y LARRIBA, Elisabel (eds.), *Manuel Godoy. Memorias*, Alicante, Universidad de Alicante, 2008.

LACROIX, Pamphile de, Lieutenant-Général Baron, *Mémoires pour servir à l'histoire de la révolution de Saint-Domingue. Avec une carte nouvelle de l'île et un plan topographique de la Crête-à-Pierrot*, tome premier, Paris, Chez Pillet Ainé, Imprimeur-Libraire, Éditeur de la collection des moeurs françaises, Rue Christine, n° 5, 1819.

MCD. BECKLES, Hilary, “Caribbean Anti-Slavery: The Self-Liberation Ethos of Enslaved Blacks”, en SHEPHERD, Verene y MCD. BECKLES, Hilary (eds.), *Caribbean Slavery in the Atlantic World. A Student Reader*, Kingston – Princeton – Oxford, Ian Randle Publishers – Marcus Wiener Publishers – James Currey Publishers, 2000.

MORALES CARRIÓN, Arturo,

– “La revolución haitiana y el movimiento antiesclavista en Puerto Rico”, *Boletín de la Academia Puertorriqueña de la Historia*, vol. VIII, n. 30, San Juan, 1983, pp. 139-156.

– “Primeras resonancias de la revolución haitiana en Puerto Rico, 1791-1795”, *La Revista del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe*, vol. I, San Juan, 1985, pp. 3-13.

MOYA PONS, Frank, “Casos de continuidad y ruptura: la revolución haitiana en Santo Domingo (1789-1809)”, en Carrera Damas, Germán (dir.), *La crisis estructural de las sociedades implantadas*, vol. V, “Historia general de América Latina”, París, Editorial Unesco, 2003, pp. 133-157.

OGLE, Gene E., “The Trans-Atlantic King and Imperial Public Spheres. Everyday Politics in Pre-Revolutionary Saint-Domingue”, en Geggus, David Patrick y Fiering, Norman, *The World of the Haitian Revolution*, Bloomington, Indiana University Press, 2009, pp. 79-96.

OTT, Thomas O., *The Haitian Revolution 1789-1804*, Knoxville, The University of Tennessee Press, 1973.

RAYMOND, Julien, *Réflexions sur les véritables causes des troubles et des désastres de nos colonies, notamment sur ceux de Saint-Domingue, avec les moyens à employer pour préserver cette colonie d'une ruine totale*, adressées à la Convention Nationale, Paris, 1793, l'an second de la république.

TELLA, Torcuato S. di, *La Rebelión de Esclavos de Haití*, Buenos Aires, ediciones del Ides, 1984.

VICTORIA OJEDA, Jorge, *De “libertad, excepciones, goces y prerrogativas”: impulso y dispersión de las tropas auxiliares del Rey de España en la guerra de Santo Domingo*

(1793-1848), tesis doctoral dirigida por José Antonio Piqueras Arenas, Castellón de la Plana, Universitat Jaume I, Departament d'Història, Geografia i Art, 2005.